

La novela **frívola** Cinematográfica



N.º
2

¡Vaya niña!

POR
Lois Moran y Nick Stuart

30
cts

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

N.º 2

287 STREET 1928 ¡Vaya niña!

Optimista asunto, interpretado por

Loïs Moran y Nick Stuart

Es una producción FOX

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle Valencia, 280 · BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis · BARCELONA

Postal obsequio: JOAN CRAWFORD

¡Vaya niña!

Argumento de la película

En la aristocrática escuela de Madame Res-trainte, situada en los Alpes Suizos, se edu-caba un importante grupo de jovencitas.

Frisaban entre los dieciséis y los dieciocho años, y en sus almas jugueteaba el niño reto-zón de la loca alegría.

Naturalmente, tenían que ocultar sus deseos de libertad en el ambiente severo del colegio, pero apenas lograban escapar de la vigilancia de las profesoras, daban rienda suelta a sus anhelos de júbilo.

Algunas lecturas, ciertos libros que habían conseguido y que ocultaban entre sus vestidos o debajo del colchón, unas cuantas novelas que pintaban la vida color de rosa, las habían ini-ciado en determinadas cosas de la existencia.

No todo era aquel colegio, ni lo que en él enseñaban; a lo lejos había placeres mundanos que les parecían más sabrosos a través de la

prohibición, y se hallaba ¡ay! lo que en los li-bros llamaban amor...

¡Qué cosa tan dulce y tan rica sería!

Entre las educandas figuraba María Coleman, una huérfana norteamericana que, al igual que sus compañeras, había entrevisto la alegría del mundo y soñaba también en cosas agradables... Pero el fondo de su alma era apacible, sosegado y parecía pesar sobre él la rigorista educación del internado.

Cierta tarde, las muchachas jugaban por uno de los bosques que rodeaban el colegio. Las co-legialas perseguían a María, que saltaba como una corza, sin miedo a los precipicios que se abrían a ambos lados del camino.

Un pastor detuvo al bullicioso tropel en su juego.

—Este deporte es muy peligroso en las mon-tañas, niñas—les dijo—. No debéis correr de ese modo.

—No somos tan niñas—contestó una muchacha—y, además, nos estaba enseñando María el jue-go de “A que no me alcanzas.”

—Es un juego tonto... ¿No habéis oído nunca el cuento de los corderitos y su cabestro, que estaba tan orgulloso de su nueva campana?

—No... Cuéntenoslo, cuéntenoslo...

—Pues, el crédulo rebaño siguió al cabestro y todos cayeron por un precipicio y se mata-ron... No hagáis como ese rebaño y procurad se-guir el camino recto...

Las chiquillas se echaron a reír, sin compren-der demasiado el fondo de la historieta, y pro-siguieron jugando, hasta que a alguna distancia

encontraron al cartero de la localidad, quien les entregó las cartas que traía para ellas, sazonando el reparto con piropos aprendidos en una revista cómica.

Les sorprendió en la conversación una de las profesoras. El cartero optó por marcharse, pues al ver a la maestra, se le rompió la cuerda de la galantería.

La profesora riñó severamente a las discípulas. ¿Desde cuándo las niñas hablaban con los hombres? ¿Desde cuándo?...

Pasada la tormenta, las jovencitas leyeron las cartas recibidas. María acarició alegremente el sobre que llevaba su nombre y exclamó:

—Es de California, donde yo nací.

—¿Qué dice?

—Escuchad.

Y leyó:

Querida María:

Como ya ha alcanzado usted la mayoría de edad, puede comenzar a disfrutar de la herencia legada por sus padres.

Espero que regresará inmediatamente. Mi esposa y yo la iremos a esperar. Deseamos su regreso con mucho placer.

Suyo atento,

*John W. Temple
Albacea*

La alegría de la jovencita fué indescriptible.

—¿Qué os parece?—dijo a sus compañeras—. Soy una mujer hecha y derecha. Regreso a mi patria para hacerme cargo de mi herencia.

Sus amigas la contemplaron con entusiasmo, envidiando su buena suerte. ¡Las cosas que iba a ver la afortunada! Viajes, fiestas, teatros, novios, todo lo que enciende de emoción las mejillas de la juventud.

Las profesoras se esforzaron en poner la cara más seria que de costumbre, cuando supieron que María las dejaba. Lamentaron profundamente su marcha, pues era una de las alumnas que pagaba más crecida mensualidad.

Unos días después, la bella americanita abandonaba el internado. Inquieta, febril, abrazó a sus compañeras, prometiéndolas no olvidarlas nunca, y procuró sonreír a las maestras, perdonando los malos ratos que con sus severidades la habían hecho pasar.

—Espero que será usted muy feliz—le dijo la directora—. Le aconsejo que tenga mucho juicio... Sobre todo, en cuestión de amores, ¿eh? Va usted a entrar como una cándida palomita en un mundo nuevo, lleno de gavilanes... ¡Cuidado con los hombres! ¡A no creer sus palabras! ¡Son el mismísimo demonio!

Y la directora, una solterona ya sin esperanza, hizo un gesto de hondo desprecio al asegurar que los hijos de Adán venían todos del infierno. Esa mujer era de aquellas para quienes se hizo la célebre copla:

*El demonio son los hombres,
según dicen las mujeres.
Y todas están deseando
que el demonio se las lleve.*

María prometió que sería un modelo de virtu-

des y subió al coche, rumbo a la estación del ferrocarril. El tren la condujo a través de Suiza y Francia hasta un puerto del Atlántico, y allí embarcó en magnífico paquebot hacia el país del dólar y de la ley seca.

¿Qué vida le reservaba el destino?

* * *

Los Temple fueron a recibir a María al puerto de Nueva York.

La ex colegiala, en compañía de aquel matrimonio amigo, atravesó toda América, hasta llegar a la ciudad de California, donde iba a residir en lo sucesivo.

—He buscado criados para que la atiendan en todo... Si precisa algo más, haga el favor de avisarme—le dijo Temple, al dejarla instalada en su finca de California.

Los Temple vivían en la misma ciudad, aunque en otra residencia. María iba a vivir sola en su antigua casa paterna.

¡Cuán feliz se sintió al recorrer la hermosa mansión donde había juguetado años antes cuando era una chiquilla!...

¡Cómo cambiaban los tiempos! Ya nada quedaba en ella de la niña tonta de otros días... Era ya una mujer, toda una mujer, cuya belleza había cautivado la atención de los pasajeros del barco. Pero María tenía aún ingenuidades de colegiala y se ruborizaba con frescos colores de manzana cuando la dirigían alguna galantería.

Unos días después recibía un telegrama de una amiga de su infancia.

Decía así:

María Coleman.

San Carlos. California.

Bienvenida. Llegamos en yate esta tarde. Iremos a tu casa esta noche. ¿Eres la misma chiquilla que conocí de pequeña? ¿Observas buena conducta?

Dorotea.

Asustóse la chiquilla ante la idea de aquella inesperada recepción, y ordenó que estuvieran bien arreglados los salones para recibir las visitas.

Y aquella noche, un loco tropel de criaturas frívolas, bullangueras, que alborotaban como turbas revolucionarias, invadió la mansión, hasta entonces tranquila, de la huérfana.

Dorotea iba al frente de aquel ejército "bolchevique". Muchachos de ambos sexos entraron cogidos de las manos, cantando las últimas canciones modernas y agitándose como si bailasen el charleston.

María mostróse algo asustada al contemplar aquella invasión de gente alegre. Ellas iban muy ligeritas de ropa y casi todos los jóvenes con pantalón blanco y en mangas de camisa, desafiando al viento las bien cuidadas cabelleras.

Dorotea, que iba del brazo de un joven, contempló a María y le dijo:

—Te hubiera reconocido en cualquier parte... ¡Eres la misma jovencita recatada que conocí!

—Yo, en cambio, no te hubiera conocido—dijo María con toda la ingenuidad de su alma.

—¿Crees que toda la vida iba a ser una niña boba? No, María, hay que saber vivir. Tú también aprenderás eso. Mira, te presento a Juan González, un buen amigo mío.

El muchacho, tipo despreocupado de “pollo bien”, acostumbrado a que las chicas se volvieran locas por sus hechuras, dirigió unas cuantas chirigotas a María, quien las escuchó sonriente y temblorosa de rubor como una niña.

González y Dorotea se alejaron, y el primero comentó al oído de su amiga:

—Esa escuela europea ha retrasado el desarrollo de la joven... Parece tener diez años menos.

—Ya se espabilará. Unas cuantas lecciones de mundología.. y será otra.

Los invitados no se preocupaban demasiado de María. Fuera de Dorotea y de González, nadie más fué a saludarla. Entraron en la casa como en país conquistado, como si fuera aquello la tierra de todos.

Prescindían enteramente de María, cantando y riendo como locas. Alguien destapó el piano e hizo emitir a las notas un charlestón mareador.

Temblaron de alegría y cada una de las muchachas buscó a su pareja, comenzando un baile desenfrenado.

María, en un rincón, las miraba atónita.

¡Señor! ¿Qué hacían aquellas gentes?

El baile era vertiginoso. Dejaba atrás, con sus balanceos y movimientos, la propia rumba... ¡Y

vaya modo de agarrarse!... ¡Una temperatura propia para curar cualquier resfriado!...

¡Qué contraste entre María y aquella gente! Su traje largo, sus modales finos, dulces, chocaban en aquel ambiente de orgía romana. Los bailarines la contemplaban riendo, como si se les antojara un disfraz aquella figura severa.

En un momento de descanso entre dos bailes, María se acercó a su amiga Dorotea, y le dijo, preocupada por las burlas de que adivinaba era objeto:

—¿Qué es lo que tengo yo? Se portan conmigo como si fuese una curiosidad... una cosa rara.

—No te preocupes... Imita a las otras...

—Estoy disgustada, Dorotea... Ni siquiera me las has presentado.

—¿Para qué? No hagas caso de esta pandilla. Prescinde en todas partes de la dueña de la casa.

Interrumpieron la conversación, pues uno de los jóvenes invitados comenzó a cantar y a bailar, retorciéndose como una serpiente.

—¡Soy el bailarín más bailarín de todos los bailarines! — gritaba, haciendo contorsiones de mono.

Y los demás le imitaron al poco, riéndose y balanceándose de tal modo, que ni un barco en día de tempestad.

Aquellos pollos ultramodernos dejaban atrás los mismos espectáculos de los cabarets.

Eran pollos de “abrigo”... ¡Vaya frescura la que tenían!

—¿Y así son todas las fiestas?—preguntó María a su amiga.

—Están un poco retraídos por culpa tuya... Como no te conocen... Pero dentro de poco se animarán...

Y así fué... El charleston volvió a estar a la orden del día, y esta vez... mezclado con besos... ¡Un baile de indudable atracción!

Entre los concurrentes, figuraba José, un chico alborotado, divertido, que en nada se parecía al Casto José de la Historia bíblica. Era un mozo apuesto, gallardo, castizo...

Después del baile se acercó a González y le dijo:

—Para conservar las tradiciones, me gustaría conocer a nuestra anfitriona.

—Nada más fácil... Ven.

Y le presentó a María:

—Este es José... un tipo muy simpático.

Se estrecharon la mano, sonriendo los dos.

A María le pareció que aquel muchacho era de lo mejorcito que se encontraba en su casa. Tenía simpatía, atracción, y en todos sus gestos flotaba el optimismo... Un tipo, desde luego, más atrayente que la mayoría de los demás jóvenes, cuyas brutales carcajadas seguían siendo estentóreas y parecía que no tenían fin.

—¿Le gustaría bailar?—le preguntó José.

—No sé bailar... del modo que lo hacen ustedes... Pero si fuese un vals...

—Sea... Bailemos un vals... "El Danubio Azul" pero no muy subido de color.

Ordenó que tocaran uno de esos valeses de Viena que hicieron las delicias de nuestros padres y que todavía, pese al modernismo imperante, oímos con delectación.

Y trenzó con María los pases suaves de la hermosa danza, cuya emoción sólo pueden concebir las almas realmente enamoradas del arte.

Pero como las almas de los concurrentes no estaban para cuéntos tártaros, el más atroz aburrimiento se enseñoreó del salón.

Nadie les siguió en el baile, y la pareja tuvo que deslizarse solitaria por el salón, entre una hostilidad y un silencio manifiestos.

—¿Qué sucede?—preguntó una chica que acababa de regresar del jardín—. Parece que todo el mundo está cansado.

—¿No ves? Alguien está tratando de aguar la fiesta con un vals.

—Pero, ¿todavía existe eso?—contestó, asombrada y mirando a María y a José, que giraban gentilmente.

Por fin terminó el anticuado e imponderable baile y los invitados suspiraron profundamente, como si hubiesen salido de una pesadilla.

—Ahora que se acabó... eso... ¡bailemos!—dijeron.

Y como para vengarse de la "lata" a que habían estado sometidos, volvieron a entregarse al complicado ritmo de una danza africana.

José había quedado prendado de las encantadoras redes de María y así hubo de manifestárselo al acompañarla a su puesto:

—Bueno... ¿puedo servirle en algo más, *niña*?

Pero María, un poco ofendida por aquella protección que parecía brindarle el joven, respondió:

—¡Cuidado con volverme a llamar *niña*!

—¿Es que no lo es usted?

—No quiero serlo—dijo, ruborizándose de sus propias palabras.

—Me alegro infinito. A mí me gustan las mujeres.

Y para demostrárselo, fué a reunirse con un grupo de muchachas y bailó con una de ellas uno de los charlestons de turno.

María había experimentado aquella noche diferentes sensaciones.

Al ver por primera vez a los bailarines, sintió desprecio por ellos, el deseo de que abandonaran cuanto antes su casa, una gran repugnancia por sus bailes, de subido e insinuante realismo. Pero a medida que pasaba el tiempo y sus ojos se iban acostumbrando a aquellas visiones y a aquella alegría y a aquella felicidad que parecían rebosar sus amigos, en su alma se operaba una transformación: el deseo de ser también como ellos.

Sí; el miedo al ridículo, a que la llamasen despectivamente una colegiala, una niña... pudo más que las enseñanzas recibidas en el colegio, que la fina educación que había adquirido en el internado.

¿Por qué no ser como las demás? ¿Por qué no vestir como las otras? ¿Por qué no usar aquellas expresiones y aquellos gestos descocados?

¡Ah, sí!... Tal vez eso era la verdadera vida. Valía la pena disfrutarla.

Y cuando acabó la fiesta y se marcharon los últimos invitados, María se hizo el firme propósito de no volver a ser la nena ridícula de la que todos se habían burlado, sino una muchacha

más, de esas que toman la vida por el lado frívolo y derrochan abundantemente, sin la menor preocupación.

* * *

Al día siguiente, María recibía un ramo de flores con una tarjeta de José, en la que había escritas estas palabras:

¿Podría verla a la una?

—Esta es la primera vez que un hombre me manda flores—dijo, entusiasmada, a su doncella. —¡Y un hombre como José, mi pareja del vals "El Danubio Azul"!

—Ya le vi, señorita... ¡Cuidado que es simpático el mozo!

—No puedes figurártelo... ¡Ay, Clotilde, estoy segura de que me he enamorado de ese muchacho!

—Bien lo vale...

—Me voy a arreglar para salir con él.

Estuvo más que de ordinario ante el espejo, vistióse su mejor traje y aguardó a que José la viniera a buscar.

El joven fué puntual, y los dos salieron a pasear por los hermosos campos que rodeaban la casa de María.

José seguía tratando a la muchacha como lo había hecho la noche anterior, es decir, como una niña inocente, cuya conversación era agradable, pero en la que no se podía ir a buscar otra cosa.

Aquel contraste entre María y las otras muchachas, interesaba a José. Todas las demás chiquillas le parecían iguales, intoxicadas del mismo ambiente de ligereza y frivolidad. María, en cambio, era otra cosa, tenía como un perfume nuevo y dulcemente espiritual.

Y María, sin comprender el estado de ánimo de José, se empeñaba precisamente en parecerse, con sus coqueterías, a las muchachas de moda. Y tan insinuante estuvo con su amigo, que éste hubo de quedar sorprendido por la brusca transformación.

Había visto María que las amigas de Dorotea prodigaban sus besos como la cosa más natural del mundo, y ella quiso hacer lo mismo. Pero sin atreverse a dar un beso, deseaba que se lo robasen...

Hablando, hablando, se detuvieron, contemplando el magnífico e imponente panorama que se extendía a su alrededor.

María se acercó mucho a su amigo; su cuerpo rozó el suyo y sus labios inundaron de aroma los labios de él.

Deseaba ser besada, quería probar, acaso por mera curiosidad, el sabor que tenía un beso...

Ya sus labios iban a unirse, cuando José, reaccionando de su debilidad, apartó los suyos.

—¡No... no!—exclamó.

Ella le miró extrañada, ofendida por el desdén.

—¿Por qué no? ¿Qué tengo yo de raro?—dijo como si viera menospreciada su belleza.

—No es eso... pero besarte a ti... no puedo... Sería como quitarle dulces a una criatura...

—¡No soy ninguna criatura!.. ¡Soy una mujer mundana! — respondió con agresividad y echándose a llorar.

—Vamos... no llores... que me partes el alma.

—¡Me has insultado!

—No, María, no... ¡Pobrecita!... ¡Cuán lejos estás de comprender!...

El mismo le enjugó las lágrimas y le dijo:

—¿Qué? ¿Ha pasado ya el disgusto?

—Todavía no... Dame un beso para curar mi pena.

Y sus brazos, más curiosos que llenos de malicia, le rodearon el talle y le quisieron besar.

El la rechazó bruscamente.

Tal vez porque la consideraba diferente de las demás mujeres, se enfurecía al ver la fragilidad y el espíritu de imitación de aquella criatura.

—¿Qué estás tratando de hacer?—le dijo—. ¿Ponerte tan tonta como las otras para llamar la atención? Quítate eso de la cabeza... Por mucho que te afanes, no serás nunca nada más que una chiquilla.

—¿Una chiquilla?—gritó airada—. ¡Ya verás tú!...

—Ser una chiquilla es tu mejor encanto.

—Pues, de aquí en adelante, voy a ser el demonio en persona. ¡Vamos! ¿De modo que yo no puedo ser como las demás muchachas? ¿Qué ley es esta? ¡Vas a ver lo que es bueno!...

Y sin querer atender las razones de su amigo, marchó disgustada hacia su casa, haciéndose el

firme propósito de convertirse en la mujer más traviesa de la tierra, para que nadie la llamara chiquilla...

* * *

Una de las muchachas de aquella pandilla de cabecitas locas, dió una fiesta en su casa.

Envío a todas sus amigas, entre ellas María, una invitación que decía así:

A las 8'30 doy una recepción en honor de la ausencia de mis padres. La fiesta seguirá hasta que se pierda el conocimiento.

Elena

Y María encargó a la modista el traje más descocado, más voluptuoso, con la menor ropa posible.

Y vestida de aquel insinuante modo, se encaminó a casa de Elena y sus hermanas, ninguna de las cuales, como las de la historia, era buena.

—¡Miren a María!... Parece la reina de Saba... —comentaron al verla.

—¡Cualquiera iba a pensar que se presentase así!

—¡Estupendo! Parece una de nosotras.

Y, entusiasmadas porque había seguido su ejemplo, las muchachas acogieron a María como una compañera más.

Llevaba María un soberbio escote, un traje de terciopelo negro y suave, que modelaba sus formas envidiables, con una falda corta que dejaba ver la firme columna de dos piernas de seda y tentación.

Los jóvenes corrieron hacia ella como avispas en busca de la miel...

¡Caramba, qué capullo!...

Uno de los más entusiastas fué Juan González, que sentía el anhelo de besar y de divertirse con aquella jovencita que tenía el encanto de la novedad.

José se encontraba también en la fiesta y se sorprendió desagradablemente al ver de aquella manera a María; pero no quiso demostrar su disgusto, temeroso de que se burlaran de él y le acusaran de haberse enamorado de María.

Aquella pandilla de zánganos había declarado guerra a muerte al amor formal, y "firseaba" descaradamente a vuelo de mariposas.

José acercóse a María y le dijo sonriente:

—¡Casi no la conocía! ¿Cómo dijo la encantadora señorita que se llamaba?

—Todavía me llamo María—respondió riendo, mientras encendía un cigarrillo.

—Pero, ¿te permiten fumar tus papás?

—Yo no tengo papás, ¿te enteras?

Y le volvió la espalda.

Sonriendo, María fué a sentarse en el jardín. José la siguió y tomó asiento a su lado.

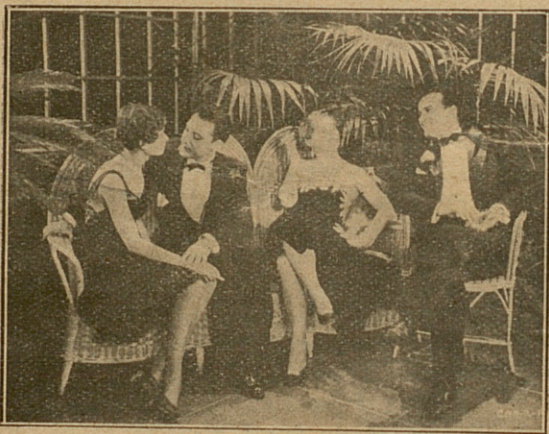
Ella le contemplaba con desdén, deseando vengarse del hombre que la había considerado como una chiquilla... ¿Qué le parecía ahora? Tal vez variase de opinión al admirar su belleza.

Pero José se reía de aquellos intentos de coqueta seducción... ¡Era gracioso aquello! Por más que María hiciera, no dejaría de ser ante los ojos de él una chiquilla ingenua y pura. Por eso sus insinuaciones le hacían gracia.

Acomodóse al lado de María una pareja formada por Juan González y una de las invitadas, una de las muchachas que parecían prometer ser discretas y gentiles.

La música preludió un fox y González, arrebatado en aquel instante por las gracias de su compañera, se fué a bailar con ella.

María esperó sonriente a que José la invita-



...José se reía de aquellos intentos de coqueta seducción.

se a bailar; pero él permaneció en su sillón con una sonrisa de burla, sin manifestar el menor deseo de danzar con la ingenua.

Este desdén acabó de exaltar a María, quien, desde aquel momento, se propuso dar celos a José.

Terminado el baile, González fué a charlar un rato con María, y ésta mostróse tan cordial, le dedicó unas miradas tan prometedoras, que él, hombre que no perdía el tiempo, no se movió ya de su lado durante el resto de la noche.

La fiesta duró hasta el amanecer... Fué una de esas reuniones que se recuerdan con agrado o con remordimiento.

José sufrió intensamente durante aquellas horas; pero supo disimular bien su contrariedad, bailando con otras muchachas y contagiándose de aquel ambiente de embriagadora alegría.

Y María se sintió triste, muy triste, como la princesita del cuento...

* * *

Una semana más tarde, González invitó a sus amistades a una gran fiesta en honor de María.

Era obligatorio el disfraz o el mantón de Manila.

No faltó ni uno sólo de los invitados. María, vestida con traje de seda, envuelta en blanco mantón, fué el "clou" de la fiesta. También asistía ¿cómo no? José, grandemente interesado por su amada, pero demostrándole la misma indiferencia de siempre ante sus alardes de coqueteo.

González, disfrazado de torero, bailó con María un tango excitante, voluptuoso, a lo Rodolfo Valentino.

Una orquesta típica argentina desgranaba sus notas melodiosas de queja de amor, de suspiro...

González, estrechando contra sí el codiciado cuerpo de aquella mujer, sentía tentaciones de besarla en la boca...

La música incitaba a hacerlo, y ya sus labios



... sus labios se rozaban...

se rozaban, estaban casi unidos, confundiéndose sus tenues respiraciones...

José, celoso y conteniendo su ira, contemplaba la exhibición.

Bonito, muy bonito!

Pero María, que estaba fingiendo para que Jo-

sé sufriera, no se dejó besar, y apartó el rostro en el momento crítico.

Y la danza fué como aquel tango: una queja lastimera, un ansia de amor que no llegaba a cristalizar en los labios unidos...

—No juegue con mi pasión... Estoy loco por usted—decía González, extrañado de aquella resistencia, pues acostumbraba, en casos parecidos, encontrar el camino libre, sin obstáculos.

Antes de finalizar la velada, María anunció que invitaba a todos a una fiesta infantil que daría en su casa dos noches después.

El entusiasmo cundió... La alegría desbordóse como la espuma del champaña.

Se cantó, se bailó de nuevo, se cometieron locuras...

Muchos de los jóvenes, vestidos de toreros dieron serenatas a las supuestas manolas, y alguna de éstas, para demostrar que allí había sangre, se quitó los zapatos y los tiró a la cabeza del "cantaor".

Eran las siete de la mañana cuando terminaba la fiesta. Cansados, rendidos, cada cual se dirigió a su casa mientras la tierra despertaba a su vida honrada y trabajadora...

* * *

Aquel baile infantil fué único en la historia. Nunca se ha dado el caso de "criaturas" tan traviesas. Iban todos vestidos de niños de tierna edad. Las muchachas lucían trajes de muñeca,

dejando al descubierto, como "cosita" de dos palmos más arriba de la rodilla.

Una preciosidad de colegio. ¡Sabrosísimas peritas en dulce!

María vestía una especie de "culot" negra y muy ceñida. Seguía cometiendo locuras, desatinos, para hacer rabiar a José, al que había tenido especial cuidado en invitar. Pero José, aunque sufriendo interiormente por aquella actitud, poseía el arte del disimulo y parecía divertirse como el que más, considerando a María como una de tantas chiquillas sin importancia.

González entró, metidito en un coche y envuelto en pañales como un niño de pocos meses.

Se burlaron de él, le tomaron el pelo y le dieron a beber el biberón.

Parecía el héroe de la fiesta.

Finalmente, saltó González del cochecito y la fiesta adquirió caracteres de una travesura que merecía unos cuantos azotes.

Comenzó entre aquella alegre juventud una verdadera batalla de cuadros, copas y almohadones, cuya seda se abría, vaciando su fondo de plumas.

Alegría loca, de gente frívola que de nada tiene que preocuparse y puede cada día vivir su vida independiente del día de mañana.

González acercóse a María y le dijo:

—He venido debidamente vestido, porque tengo algo serio que decirte.

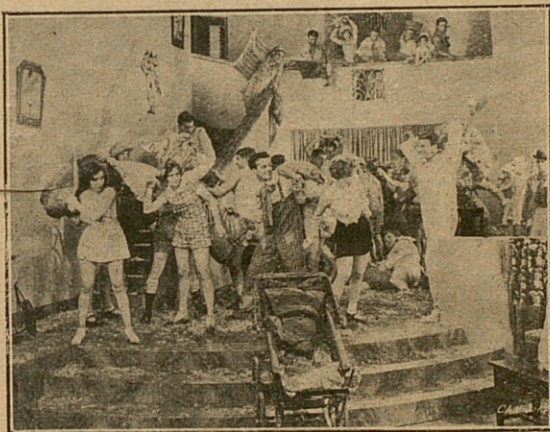
Se apartaron del resto de sus compañeros, hacia una estancia cercana.

—María, es preciso que hagas caso a mi pasión.

—Ya sabes que no quiero a nadie... Todo lo de aquí es broma.

—Yo exijo que me tomes en serio...

Y, abrazándola estrechamente, quiso imprimir



Comenzó entre aquella alegre juventud una verdadera batalla.

en sus labios su marca de fábrica, es decir, uno de los besos de su cosecha.

En aquel instante aparecieron varios muchachos, quienes vaciaron sobre González unas botellas de agua, a fin de que se apagase el incendio.

María se apartó de ellos, después de decir indignada a su compañero:

—¡Valiente caballero me ha resultado usted!
José no pudo menos de acercarse a María y decirle:

—¿Por qué no pones coto a estas orgías?

—¿Ponerles coto yo? Apenas he empezado. Seguiré dando mayores y mejores fiestas cuando tú estés en el asilo para ancianos.

* * *

No tardaron los amigos de María en recibir una invitación de ésta para que fuesen el domingo a su finca campestre, donde ella les esperaba para echar la casa por la ventana.

Y así fué. Si locas habían sido las fiestas anteriores, la última era apocalíptica.

María danzó sobre las espaldas de los muchachos, quienes se agacharon para hacer un tablado de carne, y sobre este suelo móvil trazó filigranas con sus pies, agitando su adorado cuerpo como si fuese un frasco de Emulsión Scott.

—Sigan al cabestro—dijo de pronto, abriendo la puerta y dirigiéndose hacia el río.

Y los invitados, como aquel rebaño de que había hablado el pastor en el colegio suizo, siguieron a María, quien, encaramándose a una palanca, saltó graciosamente al río.

Los jóvenes se detuvieron sin deseos de tomar un baño en aquella ocasión.

María nadó breves momento y saltó luego hacia la otra orilla, que estaba cubierta de abundante vegetación.

Una maliciosa idea la hizo sonreír, y la puso inmediatamente en práctica.

Desnudóse y cubrió su cuerpo con las grandes hojas de un árbol y volvió a echarse al agua. La atrevida idea de María encontró imitador.



... danzó sobre las espaldas de los muchachos...

ras en las demás muchachas, cubriéndose todas en un santiamén, después de haberse desnudado con hojas parecidas a las de ella.

De esta manera se lanzaron al río, ante el regocijo de los jóvenes del sexo fuerte, que no

podían pensar ni por asomo que la fiesta tuviese tan agradable prolongación.

De pronto, rasgó la obscuridad de aquel anochecer el potente faro de un automóvil. Era un coche de la policía, que tenía por misión la persecución del contrabando.

Al ver, casualmente, a aquellas Evas del Paraíso, el jefe exclamó:

—¡Vaya frescura! Unos días a la sombra enfriará el ardor de esta juventud... ¡Eso ya pasa de castaño oscuro!

María y sus amigos, al verse sorprendidos por la policía, dieron gritos de espanto y se apresuraron a asaltar los automóviles que los habían conducido a la finca.

Aquellos coches nunca condujeron más perfumada mercancía.

María acomodóse en el coche de José, al que subió también González, emprendiendo fantástica velocidad seguido de los demás automóviles.

El coche de la policía los perseguía.

—No tan de prisa—dijo María, asustada ante el vértigo de aquella huida.

Pero José replicó:

—¿Querías velocidad, verdad?... ¡Pues, vas a ver lo que es bueno!

Y el automóvil se deslizó por la carretera a una velocidad de sueño.

María, horrorizada, quiso empuñar el volante, y, al hacerlo, obligó a una falsa maniobra a José, y el automóvil se despeñó por un terraplén.

Un hálito de tragedia pasó por los cuerpos de

aquellos jóvenes que hasta entonces sólo habían visto de la vida el lado de color de rosa.

¡Ah! ¿Existía, pues, el dolor?

María, exánime, era la contestación.



Aquellos coches nunca condujeron más perfumada mercancía.

* * *

Al día siguiente, la pandilla en peso se trasladó, con cara que no era precisamente alegre, a visitar a María, a la que sabían herida, por haber sido recogida del auto despeñado sin sentido.

Los bullangueros jóvenes parecía que estuviesen arrepentidos de haber provocado el acciden-

te de la ex colegiala sin preparación para desenvolverse en el mundo moderno, y hablaban entre sí en tanto esperaban la aparición del señor Temple, el cual, con su esposa, se había apresurado a instalarse en la morada de María, para no abandonarla un solo instante durante la fiebre producida por la conmoción experimentada al destrozarse el coche contra el suelo en una hondonada.

José no podía disimular su sincero pesar y su anhelo de ver a María para convencerse de que como él deseaba, no había que alarmarse, por cuanto las consecuencias del golpe no eran graves, sino ligeras, de escasa importancia.

Para disculparse, los jóvenes no vacilaban en achacar la culpa de lo ocurrido a la propia María, por haber querido ser más, en materia de excentricidad, que todos juntos.

De súbito, acallando los comentarios de los inconscientes jóvenes, se presentó ante ellos el señor Temple, serio, ceñudo, reprochándoles con la mirada lo acaecido, haciéndoles responsables del accidente.

Una jovencita le preguntó, adelantándose a los demás:

—Díganos cómo está, señor Temple. ¿Qué dice el doctor?

El buen señor abarcó con imponente mirada a la alocada juventud allí reunida, y se dispuso a echarle un sermón que la hiciera meditar.

—María pudo matarse... Los dos jóvenes que iban con ella, pudieron matarse también, aunque, afortunadamente, salieron ilesos... Sobre la conciencia de todos ustedes pudo haber el re-

mordimiento eterno de tres muertes... Pónganse la mano sobre el corazón... sean sinceros consigo mismos... La vida loca, desenfrenada, que han venido ustedes llevando, sólo conduce a la desgracia...

Los modernistas le escuchaban silenciosamente, como si le dieran la razón, prometiéndose no reincidir en sus malas costumbres; y, en tanto, en su habitación, María, que apenas podía moverse en el lecho, por las contusiones recibidas, además del decaimiento moral en que se hallaba postrada, esperaba... esperaba...

¿A quién esperaba?

¡Ah! Era un secreto de su corazón...

De pronto, la enfermera que la cuidaba le dijo:

—Sus amiguitos están abajo con el señor Temple.

Los ojos de la gentil ex colegiala se iluminaron de alegría. Incorporóse en el lecho, con tal agilidad, que sorprendió a la enfermera, y pronunció:

—Solamente quiero ver a José... pero no de este modo.

En efecto, estaba pálida, como resultado de la mala noche pasada.

Bajo sus maravillosos ojos, dos pinceladas violeta ponían una nota triste y sus labios, resecos sin color, tenían enfermiza apariencia.

No; no quería presentarse de ese modo ante José, el hombre amado por encima de todo, el hombre que era responsable de todas las excentricidades a que ella se había locamente librado para demostrarle que no era una niña, como él,

ignorando ella con qué fin se lo decía, la llamaba a la menor ocasión.

Durante aquella noche había meditado sobre su vida hasta aquella tarde del accidente, y se decía que había estado jugando con el peligro.

José tenía razón, ella no era más que una chiquilla, pero una chiquilla loca, y su demencia pudo haberle acarreado un grave disgusto.

Disgusto, sí, porque no había nada en el mundo que le interesase tanto como José.

Y decimos pudo, porque ella tenía la seguridad de que su bien amado volvería a ella, perdonándole todas sus niñerías.

Con tal ilusión, sentóse en el lecho y dijo a la enfermera:

—Tráigame la pintura...

Y en breves segundos, gracias al lápiz de carmín y al "rimmel", el rostro de la enferma adquiría la lozanía perdida.

Cambióse el ténue camisón y dijo a la enfermera:

—Quiero ver a José... Haga el favor de llamarlo.

La enfermera sonrió y dirigióse al hall, donde se hallaban reunidos los alegres amiguitos, que seguían aguantando el sermón del señor Temple.

Interrumpióse éste al ver aparecer a la enfermera, y le preguntó:

—¿Desea algo la señorita?

Las miradas de todos los muchachos convergieron en la enfermera, pendientes de su respuesta.

¿Sabría María que ellos estaban allí?

¿Si lo sabía, qué les mandaba decir?

La enfermera murmuró:

—La señorita desea ver al señorito José.

El aludido inclinó la cabeza sobre su pecho como en acto de contrición.

Deseaba que ella le llamase y, al comprobar que lo hacía, sentíase invadido de un extraño temor, de un sincero pesar.

El señor Temple observó a José unos instantes y, comprendiendo lo que pasaba en el ánimo del simpático joven, aprovechó la oportunidad para decir a los demás, señalándole:

—El tiene vergüenza de verla... y con razón. Todos deberíais estar avergonzados.

José tomó de manos de la enfermera una taza colmada de caldo que ésta se disponía a llevarle a María y subió a la habitación de su amada.

María habíase puesto sus joyas y, como si todo su mal hubiera desaparecido, no cesaba de sonreír, deseosa de que, al aparecer, José la viese llena de optimismo.

Pero quiso la casualidad que cuando el joven penetró en la habitación de su amiguita, ésta, invadida del temor, en vista de que él tardaba más de la cuenta, de que no estuviese dispuesto a perdonarla, se hubiese puesto repentinamente meditabunda.

Y sucedió que José, al verla melancólica, abatida, echada su linda cabeza sobre el mullido almohadón, se detuvo en el centro del cuarto de la virginal criatura, mirándola tristemente.

María reaccionó prestamente al verle y, tendiéndole los brazos, le dijo:

—No me mires así... no estés afligido... Ven y siéntate a mi lado.

José la obedeció y, dejándose llevar del deseo que acariciaba su corazón, tomó una de las manos de María entre las suyas y le murmuró:

—¡Ojalá pudiera besarte ahora y hacer que te pusieras bien!

María, sonriéndole llena de emoción, repuso, formando gracioso hociquito con sus labios:

—José, voy a ponerme bien, pero un besito tuyo precipitará mi restablecimiento; estoy segura... Prueba a ver...

Y ni qué decir tiene que los dos jóvenes, apasionadamente enamorados el uno del otro, aprovecharon la ocasión de no haber ni un mal testigo en la perfumada habitación.

Los muchachos se enteraron de la mejoría de su amiguita y, reaccionando del amargor que les produjo el sermón del señor Temple, que al parecer tenía buen *temple* para la oratoria, demostraron allí mismo al buen señor que había sembrado en campo yermo.

—¡A divertirse se ha dicho!—clamó uno.

Y como allí había un fonógrafo, se organizó un baile de pronóstico reservado.

En tanto, en la habitación de María se oían murmullos de amor.

—Tenías razón cuando dijiste que era una chiquilla. Y lo seré siempre si tú quieres que lo sea. ¡Seré tu chiquilla!

—Impongo una condición.

—Todas las que quieras.

—No bailaremos jamás un charleston.

—No, no, José. Sólo el vals... aquel vals...

ea

E
B

